

El ambientalismo tico

FELIPE MONTOYA

En todo el mundo, Costa Rica es conocida como un destino ecológico sin igual y reconocida por sus esfuerzos por proteger y conservar su rica biodiversidad. Somos signatarios de convenciones internacionales como la de biodiversidad (CDB), la de cambio climático (Kioto), la de humedales (Ramsar), la de comercio de especies amenazadas (Cites), la de desertificación (CCD), etcétera. Las áreas protegidas cubren una cuarta parte del país y el derecho a un ambiente sano forma parte de la Constitución Política. Sin embargo, basta asomarse a cualquier río del Valle Central para detectar la enorme contradicción en nuestro amor por la naturaleza. ¿Somos o no somos ambientalistas los costarricenses? A fin de responder a esta pregunta es necesario primero identificar los parámetros que utilizaremos para llegar a una determinación. ¿Somos en términos absolutos, o con referencia a lo que hemos sido, o en comparación con otros pueblos, o en términos ideológicos, o en términos prácticos, o por conveniencia, o por convicción, o históricamente, o en potencia, o en la ciudad, o en el campo, o los viejos, o los jóvenes? También debemos enmarcar la pregunta por temática: ¿Nos preocupa el calentamiento global, la adicción al petróleo, la gran muerte de especies, el desmoronamiento de la Antártida, la pérdida de la capa fértil del suelo, la deforestación, la desertificación, la contaminación, el hambre, la pobreza, el consumismo, la basura, la destrucción de humedales, el ruido, los atentados contra el paisaje, la escasez de agua, los ríos muertos, las playas como receptáculos de los desperdicios de tierra adentro, la biocontaminación por cultivos transgénicos, la pérdida de culturas rurales...?

Claramente, los ticos, como otros pueblos, somos más o menos ambientalistas y en algunos temas más que en otros. No podemos decir categóricamente que en nuestra esencia seamos ambientalistas, pero tampoco podemos afirmar que nuestro ambientalismo sea únicamente una fachada. Nuestras preocupaciones ambientales sí son actitudes estratégicas a veces, pero también el ambientalismo ha llegado a formar parte de nuestra identidad colectiva.

En mi pueblo natal, Escazú, donde también he llevado a cabo investigación socioambiental, he encontrado un amplio abanico de actitudes, acciones y proyectos ambientales, entre ellos los que en algún momento denominé *ambienta-listos* (Montoya 1992). Pero también están los sinceros amantes de la naturaleza. El ambientalismo campesino, por ejemplo, se palpa sobre todo por su amor a la tierra, por su cariño en hacer brotar de ella el fruto de su colaboración con sus elementos. Su arraigo a la tierra no responde a una falta de opciones alternativas. A pesar de la escasez monetaria que brinda la agricultura campesina, es su identidad como hijos de la tierra lo que los mantienen aún formando parte de un paisaje rural de convivencia con la naturaleza. No obstante, también es cierto que las presiones económicas han minado este sector, que se ha visto forzado a abandonar la tierra, a veces vendiendo sus parcelas a nuevos inquilinos dispuestos a pagar por el valor agregado de un ambiente natural -producto de una cultura campesina. Éstos ahora forman parte de otro tipo de ambientalismo: tal vez podríamos llamarlo *ambientalismo residencial*.

Pero para no caer en el romanticismo, es necesario reconocer que el campesinado también ha contribuido a la contaminación mediante el uso de agroquímicos, a la erosión por mal manejo del suelo, a la deforestación y hasta a la cacería. Por otro lado, el ambientalismo residencial en algún momento también ha contribuido a la recuperación del hábitat de especies silvestres, especialmente en los grandes terrenos, anteriormente cafetales, que ahora se han convertido en refugios privados. Claro está que el *boom* residencial en los cerros de Escazú, por ejemplo, no solo destruye el paisaje y los ecosistemas naturales sino que además representa grandes presiones sobre los bienes y servicios de la naturaleza.

¿Somos más concientes hoy en términos ambientales de lo que hemos sido? Si vemos las tasas de deforestación, talvez podemos decir que sí. Aunque quizás este cambio sea más bien por omisión, ya que ahora son más reducidas las posibilidades de encontrar bosques para talar. Pero los campesinos que recuerdan haber tumbado en el pasado hectáreas de bosque inevitablemente dan muestras de arrepentimiento y de cariño por los árboles que permanecen en pie. No sé si los empresarios madereros tengan este mismo *ethos*, especialmen-

Felipe Montoya, antropólogo ambiental, es profesor e investigador en la Universidad de Costa Rica.

te cuando más de uno está cerrando las puertas de sus aserraderos por falta de materia prima. Por otro lado, las áreas reforestadas en el país siguen creciendo y se vislumbra que la madera de plantación pronto llegará a ocupar un puesto importante en las exportaciones nacionales (Guzmán 2004).

En la ciudad, algunas cosas están mejorando. Con la revisión técnica de los automóviles para controlar sus emisiones, los nubarrones negros asfixiantes en las calles josefinas parece que están mermando. Algunas calles se están arborizando. Rótulos de dimensiones excesivas se están eliminando. ¿Pero dónde están las plantas purificadoras de las aguas negras de nuestros dos millones de ciudadanos? Con la riqueza florística de nuestra patria, ¿dónde está el parque metropolitano que ostente toda la gama de nuestras especies forestales nativas? En la finca La Verbena, entre los cantones de Alajuelita y Escazú, habría espacio para un proyecto así, pero quién sabe si existirá la voluntad política, o el financiamiento disponible.

Los niños y las niñas llegan del kinder hablando de "cuidar el planeta", pero no sé si esta loable actitud sea el producto de la enseñanza oficial o de aquella absorbida de la televisión a través de personajes como las Chicas Poderosas o Bob Esponja. De cualquier manera, esperemos que "de chicos vayan para grandes", aunque en el otro extremo del espectro educativo, como es el caso de la Universidad de Costa Rica, su perímetro se encuentre adornado con montañas de basura acumulada, insalubre y maloliente. Y no veo señales de protesta.

Pero protestas por basura sí ha habido en el país: cuando ésta amenaza el patio de la propia casa. Lo que no he visto es un sentimiento popular de indignación respecto del estado nacional del manejo de la basura, respecto de los desgraciados caudales muertos, portadores de enfermedad, suciedad y veneno otrora llamados ríos con sus pozas donde alguna vez nadamos. No hay

bloqueos de carreteras para denunciar la contaminación de nuestros acuíferos, la desaparición del jaguar en la Península de Osa, la pérdida de nuestra soberanía alimentaria, el cierre de los ferrocarriles, la negligencia en desarrollar o adoptar tecnologías con base en energías no contaminantes en busca de la autosuficiencia energética.

Esos problemas contribuyen a la pobreza y ésta acentúa la degradación ambiental. En Costa Rica, a pesar de nuestra reputación internacional como país *sin ingredientes artificiales*, el ambientalismo aún no ocupa el lugar que se merece en política nacional, en el psiquis colectivo, en nuestra identidad como pueblo. Para esto es necesario seguir recalcando las conexiones íntimas que existen entre la calidad de vida que podemos esperar y el cuidado que le demos a nuestro ambiente. Cuando el pueblo bloquee un puente hasta que no se limpie el río, o cuando los trailers paralicen el país exigiendo energías limpias, o

cuando los sindicatos exijan fuentes de aguas limpias y permanentes y tratamiento de aguas negras eficientes y efectivas para sus trabajadores, solo entonces podremos decir que el tico es ambientalista hasta el tuétano. No dudo que llegue el día, ojalá antes que después.



Festival Binacional Pro Lapa Verde

O. Chassot

Referencias bibliográficas

- Guzmán, M. "En ocho años sector forestal podría convertirse en pilar de las exportaciones nacionales", en *Boletín Ciencia y Tecnología*, 21, 2004. Disponible en <http://www.conicit.go.cr/boletin/boletin21/forestal.shtml>
 Montoya, F. "Ambientalistas y ambienta-listos", en *Aportes*, 92, 1992.